

—Madama Teresa, cuénteles usted su historia a este señor... Se alegrará mucho de oírla...

—¡Mi historia!—murmuró la vocecilla cascada, llena de trémolos que parecían balidos dolientes—. Es sencilla y triste..., pero yo creo que son tristes todas las historias de todo el mundo. Soy hija de un oficial francés que vino con Napoleón y de una señorita madrileña. Mi padre me recogió, porque mi madre, al ver todas las cosas que sucedían, no quería seguir cuidándome. Con mi padre pasé a Francia. Estuve allí hasta los veinte años. Entonces, mi padre murió y mi madre me reclamó y me hizo a la fuerza entrar en un convento. Me resistí a profesar, y cuando vino la excomunión, salí; hice de modo que mi madre perdiese mi rastro. Entré a servir en una casa aristocrática. Como sabía peinar y hacer trajes bonitos, me estimaban mucho y me casaron con el maestresala. ¡Oh, señor! ¡Un hombre excelente!, pero él me aburría con sus celos y yo me fuí y perdí mi rastro también...

La anciana hizo una pausa; yo me sonreía pensando en la necedad de los celos, cuando la mujer es un poco de arcilla, y sus bellas formas menos que un rastro en el agua o un dibujo en la arena...

—Me establecí en un pueblo de esta provincia y viví de hacer sombreros. ¡Oh! Tuve la mejor clientela... Fueron unos años muy hermosos... No se guiaban las señoras sino por mí. Yo era el árbitro de la moda. Me copiaban los trajes, me consultaban todo. Ganaba mucho dinero. También lo gastaba, porque me adornaba mucho. Me halagaban *à qui mieux mieux*. Pero la desgracia acecha. Supe que mi primer marido no existía, y cometí el error de casarme segunda vez. ¡Oh, señor! ¡Un mal hombre, es el caso de decir que un mal hombre! Muy guapo, sí, muy gracioso; acababa de jugarme una picardía y me decía cosas que me hacían reír...

—¿En qué año pasaba eso?—pregunté con indefinible curiosidad maligna, pues creía adivinar.

—Ya sería el año de la que llamaban gran revolución...—respondió ella, con esa repugnancia a fijar fechas por números que tienen los muy viejos—. Y él se fué con los de la revolución y se llevó mis economías, y volvió enfermo, y en curarle lo gasté todo, y ya no me ocupaba de sombreros, sino de la salud de él; y, al fin, murió... ¡Qué dolor! ¡Un tan guapo *garçon* de treinta años!

Mi cuenta estaba echada mentalmente. Cuando la mísera mujer cuidaba al tronera y caía en la ruina, tenía los sesenta ya.

—Y..., ¿qué hizo usted después?

—*Vivotear*, señor... Ya no gustaban tanto mis sombreros... Me decían que eran siempre los sombreros de antes, los sombre-

ros de mi tiempo, y no los de la moda. ¡Oh! Yo trataba de hacerlos muy elegantes, pero mi hora era pasada, y el capricho de las damas por mí, también. Me defendí aún, mientras tuve vista para enfilar la aguja. Después confíe la confección a una criada mía, que era de esta aldea, y que me dejó en herencia, al morir, esta casa. Era una santa mujer..., pero los sombreros, ¡un horror! Y como ya no me compraba nadie, aquí me retiré, tan solita... Me hice mi sopa y mi cama mucho tiempo. Ya no puedo. El doctor, que me ha visto, dice que, verdaderamente,

no puedo. No sé si acabaré por ir a un Asilo. Es penoso, pero no sé...

Me miraba con sus lacios ojos azules, turbios como turquesas muertas. Gesticulaba con dedos finos, secos, los palillos de boj de un escultor. Y yo, en mi intuición de novelista, de psicólogo, adiviné, descifré rápidamente aquella pobre alma de mariposa disecada, de rosa seca cuyos pétalos se pulverizan de puro friables, pero que, en la caducidad de sus elementos, guardan un poco de espíritu. Y exclamé, sonriendo:

—La verdad es que sólo porque usted lo dice se creería que siente el peso de la edad. Está usted todavía muy guapa, madama Teresa, y ha debido

usted de trastornar muchas cabezas y de ser un oráculo para las damas elegantes. Si me lo permite, ¿sacaría una instantánea?

Y mientras preparaba la maquinilla, deslizando la placa en la ranura, oí que murmuraba madama Teresa, balbuciente de gratitud:

—¡Oh, señor, qué bueno es el señor! Pero retratarme así... con esta *toilette*... Si me lo permite, voy a buscar otra *fanchón*, la nueva..., la que armé hace dos años...

Y mientras la centenaria, arrastrándose, iba en busca del último adorno, de la coquetería última, miré lo que estaba leyendo cuando entramos. Era un figurín antiguo, de la época de la emperatriz Eugenia, la época gloriosa en que las capotas de madama Teresa todavía hacían furor en la capital de provincia.

—¡Pobre mujer!—dijo mi primo—. No sabía que estaba tan apurada. Voy a gestionar que la admitan en las Hermanitas de Marinada, y, desde mañana, le enviaré de casa la comida.

—Envíale de paso un ramo de flores, un tarro de perfume y dos o tres inutilidades más—advertí—. Yo, mañana, la remitiré, desde Marinada, los mejores bombones de chocolate en una caja bonita. Y vivirá tres años más madama Teresa..., porque alguien se habrá acordado de que es mujer.

Dibujos de ANTONIO MENÉNDEZ